tilde ni la importancia de los resultados anejos á la conversion del príncipe. El punto capital consiste en que los francos evitaron la herejía en que habian sucumbido todos los conquistadores de raza germánica, y en que eran los únicos que de una á otra parte del mundo tenian un rey ortodojo. Consúltese la historia contemporánea y se verá que Anastasio, emperador de Oriente, favoreció á los eutiquianos, y que el arrianismo tenia por sosten, en Africa á Trasamundo, rey de los vándalos, en Italia á Teodorico, rey de los ostrogodos, en España á Alarico, rey de los visogodos, y al oriente de las Galias, á Gondebaudo rey de los burgondas. Puede afirmarse, hablando humanamente, que la suerte del pontificado quedó asegurada, albergando en su triunfo la salvacion de las generaciones futuras, desde el momento en que la católica Clotilde inclinó hácia la verdadera fe el alma de su esposo, y en que el pueblo imitó á Clodoveo, arrojando el peso de su adhesion y de su espada en la balanza de la justicia y en los consejos de Europa.

¡Qué maravilla! este acontecimiento fué apreciado por sus contemporáneos como lo es en el dia, descubriendo con anticipacion las consecuencias que los siglos al pasar han desplegado ante nuestros ojos. Se miró desde entonces á la nacion de los francos como á la primogénita de la Iglesia, y á su jefe cual el brazo derecho del papado. « Glorioso hijo : escribió al nuevo cristiano el papa Anastasio ; nos regocijamos de que vuestra entrada en la fe coincida con nuestro advenimiento al pontificado : la silla de san Pedro se ha estremecido de gozo al ver una gran nacion que se postra á sus piés y llena las redes que el santo pescador de hombres y portero de la Jerusalen celeste ha recibido órden de arrojar al agua. Os hemos enviado al sacerdote Eumenio para que os esprese la alegría que esperimenta vuestro padre, y escitaros á crecer en buenas obras. Sereis nuestra ventura y nuestra corona, y vuestra madre la Iglesia sentirá la mayor alegría en los adelantos espirituales del poderoso príncipe que acaba de dar á Dios. Hijo ilustre y querido : glorificad la santa Iglesia y sed para ella una columna de hierro ; la caridad de un gran número se entibia, las tumultuosas olas de la perversidad humana agitan nuestra barca, pero Nos esperamos con toda nuestra esperanza. Ensalzamos al Señor que os ha sacado del imperio de las tinieblas y que ha dado á la Iglesia un protector para

defenderla y salvarla de sus enemigos. Marchad, noble hijo, por la senda en que habeis entrado, á fin de que Dios omnipotente os defienda con su proteccion á vos y á vuestro reino, mande á sus ángeles que os guarden en todos vuestros pasos, y os conceda la victoria en los combates. »

Una carta del obispo de Viena, Avito, al rey Clodoveo, manifiesta aun mejor las esperanzas y la disposicion de los contemporáneos : « Parece, dice, que la Providencia envia un árbitro para nuestra época, y al elegiros á vos, juzgais por todos. Vuestra conversion á la fe es la victoria de la Iglesia : muchos en igual situacion han buscado un medio de evadirse de las exhortaciones de los sacerdotes y de los consejos de sus aliados, recordando los usos de su raza y las prácticas de su patria; pero despues de lo que acaba de suceder, se desvanecerá tanta mengua... Y como pronto estará toda la nacion de los francos en el seno de Dios por vuestros desvelos, esparcid entonces la riqueza de vuestro corazon sobre los pueblos lejanos que viven en su ignorancia nativa y que no han alternado con la herejía la semilla pura de la fe. Emplead toda vuestra solicitud en estender el reino de Dios que ha fundado el vuestro. Habeis ascendido al horizonte como un sol que todo lo alboroza con su brillo; lo que está mas cerca del astro resplandece con una luz mas viva, pero no se escapa á sus rayos lo que se halla mas distante; continuad, pues, en regocijar las provincias donde brilla vuestra corona y en consolar el resto del mundo. Todas las Galias esperimentan las consecuencias de vuestro triunfo, y llega hasta aquí tanta felicidad. Cada combate vuestro es para nosotros una victoria. »

Viendo Clotilde unido al rey en la fe cristiana, se esforzó en hacerle practicar sus máximas y en fortificarse ella misma en sus sentimientos de piedad; se hizo amiga de Genoveva de Nanterre, que gozaba una elevada reputacion de virtud, y á ruegos de la humilde pastora determinó á Clodoveo á edificar sobre la montaña que domina al antiguo París la iglesia de San Pedro y San Pablo, que tomó en seguida el nombre de Genoveva. Además, este acto de religion tenia relacion con la guerra que el rey acababa de declarar á los visogodos, contra quienes profesaba mucho tiempo hacia una profunda aversion, que afirmaba sus nuevas ideas y su ortodoxia. « Esos arrianos, decia, no tienen derecho alguno á poseer el mas

oscuro rincon de las Galias. Seguidme; Dios nos ayuda, los venceremos y el pais nos pertenecerá. » Los francos siguieron á Clodoveo, que marchó hácia el Loira, despues de exhortar á sus tropas á que respetaran el país ilustrado con la vida de san Martin. « ¿Cómo pudiéramos lograr la victoria si se enojara contra nosotros el bienaventurado Martin? »

Los francos encontraron y vencieron á los visogodos cerca de Poitiers, en la llanura de Vouile (año 507), y continuando Clodoveo su marcha victoriosa, conquistó casi toda la Aquitania y llegó hasta Tolosa. Al regreso de esa espedicion encontró en la ciudad de Tours á los enviados del emperador Anastasio, que venian á ofrecerle el diploma de cónsul; pues los ingeniosos soberanos de Bizancio habian encontrado el secreto de hacer llegar su papel mas lejos que su espada, y continuaban repitiendo por medio de embajadores las pretensiones que los bárbaros habian rechazado en todos los campos de batalla. Clodoveo aceptó la púrpura, ciñó su frente con una diadema, se dirigió con gran pompa á la catedral, y fué llamado desde entonces cónsul ó augusto, como tambien rey de los francos.

A pesar de todos sus esfuerzos, Clotilde no habia podido vencer todos los instintos crueles y sanguinarios que habia dejado en el alma de Clodoveo una educacion bárbara unida á un carácter belicoso y al ardor de la ambicion, al menos si admitimos enteramente las palabras de Gregorio de Tours. Segun este historiador, « Clodoveo asesinó á casi todos los parientes que le inspiraban inquietud; dicen que un dia reunió á todos los de su palacio, y esclamó: Desgraciado de mí! soy un estraño en medio de estraños, y ya no tengo ningun pariente que pueda ayudarme en mi infortunio! Pronunció estas palabras, no por dolor sino por astucia, con objeto de ver si habia quedado alguno que pudiera asesinar. »

Tal vez haya en estas palabras bastante exageracion, ó Clodoveo no hizo mas que prevenir alguna conjuracion tramada contra su vida, porque los demás jefes de los francos verian con envidia la superioridad siempre en aumento del que fué algun dia su igual y que era su soberano desde la batalla de Soissons. No obstante, Clodoveo no sobrevivió mucho tiempo á todos estos príncipes, pues murió á los cuarenta y cinco años, sin haber podido consolidar y llevar á cabo las grandes empresas que con tanto valor habia comenzado.

Clodoveo dejó cuatro hijos y una hija, y habia tenido á Teodorico ó Tierry antes de casarse con Clotilde, que le dió á Clodomiro, Childeberto y Clotario. Solo habia habido hasta entonces entre los francos un imperio, pero la dignidad real se repartió entre los hijos del monarca, lo cual dió orígen á enemistades y luchas sangrientas. Clotilde se retiró á Tours, para pensar mejor en la salvacion de su alma, y orar con mas fervor cerca del sepulcro de san Martin y en los lugares embalsamados por sus virtudes y milagros. No obstante, se creyó obligada á intervenir en los negocios públicos, y aunque lo hizo sin manchar su conciencia, no sin acarrearse los mas crueles pesares. Se dirigió á París, reunió á sus tres hijos y los exhortó, segun Gregorio de Tours, á invadir la Borgoña para vengar la sangre de su familia vertida en otro tiempo por Gondebaudo, y tal vez temió tambien por sus hijos á consecuencia de la alianza contraida por Tierry con el nuevo rey de los burgondas, Sigismundo. Se trabó la lucha, y sus resultados fueron terribles (523).

Clotilde vió á su hijo Clodomiro vencer y matar con barbarie al rey de Borgoña, y al año siguiente vió al mismo hijo vencido y muerto por Gondemaro, hermano y sucesor del desgraciado Sigismundo. Gondemaro fué vencido á su vez y muerto por Childeberto y Clotario que reunieron á Francia el reino de Borgoña. Pero no se sació su ambicion; concibieron el horrible proyecto de apoderarse tambien de la herencia de su hermano Clodomiro, sacrificando á sus hijos que se hallaban en París al lado de Clotilde (año 526).

Clotario estaba ausente, pero acudió apresuradamente. Hicieron creer á la reina madre, que se trataba de sentar á sus nietos en el trono, y enajenada de gozo los envió á sus tios, diciendo: « Creeré que no he perdido á mi hijo si os veo reinar en su puesto. » Cuando llegaron al palacio, los separaron de sus ayos, y enviaron á Clotilde una persona de confianza con una espada y unas tijeras, para preguntarle la suerte que preferia para sus nietos; ó darles la muerte ó cortarles la cabellera, rebajándoles asi á la clase del pueblo. Engañada Clotilde con un ardid tan horrible y cediendo á la indignacion respondió: « Prefiero la espada á las tijeras! »

Cuando el bárbaro Clotario recibió esta heróica respuesta, se apoderó violentamente del mayor de sus sobrinos, que solo tenia diez años, y le

hundió una daga en el pecho; el segundo, que apenas contaba siete años, se arrojó llorando á las plantas de Childeberto: « Tio mio, esclamaba, impedid que me maten como á mi hermano! » El tio, con el rostro bañado en lágrimas, intercedió por el niño y prometió pagar su vida como quisieran. » O le dejas, gritó Clotario enfurecido, ó mueres por él. ¿ No eres tú quien me ha inducido á este acto? ¿ Porqué faltas tan pronto á tu palabra? Childeberto rechazó á su sobrino que cayó como su hermano bajo la daga de Clotario; salvóse de esta carnicería otro hermano llamado Clodoaldo, pero recibió mas adelante las órdenes sagradas, vivió y murió santamente, y es el que honra la Iglesia con el nombre de san Cloud.

Tantas muertes y tan espantosa tragedia, que acarreaban sobre su familia la cólera divina, llenaron de duelo el alma de Clotilde, y la vida fué desde entonces para ella un peso insoportable. Despues de haber cumplido con los últimos deberes que reclamaban los cadáveres de sus nietos, se retiró al sepulcro de san Martin para terminar en paz sus dias. La oracion, el pensamiento de la eternidad, el ayuno y demás prácticas de penitencia eran su única ocupacion; parecia que no se acordaba de haber sido reina, sino para hacer el bien que es posible en tan humilde condicion, y sus limosnas aliviaron las necesidades de los pobres ó sirvieron para fundar algunos monasterios y edificar iglesias.

Clotilde llegó á una edad muy avanzada, y en su última enfermedad no cesó de tener su corazon elevado hácia Dios. Envió á llamar á sus dos hijos Clotario y Childeberto, y les recordó las graves obligaciones de su dignidad, la clemencia y la necesidad de la concordia; pensó en los pobres, y viendo próxima su hora postrera, reconcentró toda su alma en Dios, á quien oraba con confianza y fervor. A los treinta dias de su enfermedad recibió los sacramentos, hizo una profesion pública de su fe en la Trinidad, y dejó el mundo el dia 3 de junio de 545. Trasladóse su cuerpo á París y se depositó cerca de los restos de Clodoveo y de santa Genoveva, en la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Una urna elegante, que se llevaba en otro tiempo en las procesiones con la de santa Genoveva, presentaba á la veneracion de los fieles una parte de las reliquias de santa Clotilde. París reunia entonces en su inteligente culto á la hija de los reyes y á la del pueblo; á la esposa del conquis-

tador y á la descendiente de la raza vencida; la vírgen pura y la madre cruelmente combatida; la vida humilde y pobre, y la vida llena de brillo y de sufrimiento; en una palabra, á Clotilde y Genoveva colocadas como dos ángeles tutelares sobre la cuna de nuestra nacion. París no rechazaba en su fervor cristiano ninguna de sus glorias, y las religiosas menos que las demás; se daba á sí mismo una sublime leccion de igualdad, mas elocuente que cuanto se ha dicho despues sobre la necesidad de una nivelacion universal; y finalmente, desplegaba ante sus ojos, que oscurecian las miserias de la vida, los pacíficos horizontes del cielo y las gloriosas esperanzas de la eternidad.

C. Landelle Pinxt. — Impr. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30, Paris. — Goutière Sculp.

SANTA MARGARITA

VIRGEN Y MARTIR.

[illegible] en la historia de la Iglesia [illegible] la barbarie y el absurdo del [illegible] emperadores romanos contra [illegible] ha habido ninguna vez [illegible] aquellos seres man- [illegible] de la púrpura, y [illegible] Aquellos [illegible] con [illegible] y [illegible] decretos de persecucion [illegible] del imperio; condenaban sin examen la doctrina mas verdadera, [illegible] que haya aparecido jamás, y herian con una [illegible] nes de hombres, de mujeres y de niños, [illegible] pura como la luz, y dulce y santa como la [illegible]. Los emperadores romanos eran unos verdugos.

Pero existen además muchas circunstancias poco notadas que hacian [illegible] de la fuerza, y es la primera, la ilegalidad [illegible] en la categoría de los crímenes.